

CARLOS MARTÍNEZ GORRIARÁN

**JORGE OTEIZA,
HACEDOR DE VACÍOS**

Marcial Pons Historia
2011

Índice

	<u>Pág.</u>
Prólogo. Oteiza, para entendernos	13
1. Infancia y juventud (1908-1935).....	17
<i>El origen de un resentimiento social incurable</i>	23
<i>Los años de formación en Madrid y el primer éxito (1927-1934)</i>	26
<i>La escultura cerca de Alberto Sánchez: la poética de Vallecas</i>	36
<i>Amigos y cómplices (1932-1934)</i>	40
Balenciaga y Lekuona.....	44
Iniciación en las conspiraciones políticas.....	49
<i>El final trágico: el arquitecto Aizpúrua y la sociedad Gu (1927-1936)</i>	52
2. La peripecia en América (1935-1948)	59
<i>El maestro escamoteado: Joaquín Torres-García</i>	60
<i>De Buenos Aires a Santiago de Chile (1935-1937)</i>	65
<i>En el círculo de Vicente Huidobro</i>	69
<i>Regreso a Argentina: la Guerra Civil a distancia (1937-1942)</i>	73
<i>Tanteando nuevos caminos: un parón en la escultura</i>	78
<i>Sentando la cabeza: el matrimonio con Itziar Carreño y la cerámica</i>	82
<i>Un oasis en Popayán, Colombia (1942-1947)</i>	85
<i>La crítica del indigenismo americano</i>	89
<i>Interpretación de la estatuaria megalítica americana (una receta de inmortalidad)</i>	93
<i>Última parada en Buenos Aires; las revelaciones de Maldonado</i>	101
3. En el ecuador de la vida (1948-1957)	107
<i>Oteiza y la cultura del régimen</i>	111

	Pág.
<i>Del taller a la cumbre</i>	118
El realismo inmóvil: <i>el libro olvidado (1949-1997)</i>	121
<i>El giro ideológico: del españolismo a la hispanofobia</i>	127
<i>La leyenda de Aránzazu (1950-1969)</i>	130
Las esculturas	135
<i>La oposición a las obras y la condena de la Iglesia</i>	140
<i>Androcanto y siglo, Oteiza en verso</i>	149
<i>Regreso a Aránzazu y finalización de la escultura</i>	154
<i>El mecenazgo de Juan Huarte y la «Operación H»</i>	158
4. Salir del laberinto: del propósito experimental al arte sin objeto (1950-1960)	161
<i>Propósito Experimental: manifiesto, programa y proyecto</i>	168
<i>La «Unidad Malevitch»</i>	170
<i>La Bienal de São Paulo</i>	175
<i>Equipo 57 y otras empresas colectivas frustradas</i>	186
<i>Una casa nueva en Irún</i>	192
<i>La última etapa del Propósito Experimental (1957-1960)</i>	198
<i>Cajas Vacías y Metafísicas. Últimas esculturas del proceso</i>	204
<i>Acabar con el arte y «pasar a la vida»</i>	206
5. El arte después del arte (1959-1966)	211
<i>La «Capilla del Camino de Santiago»</i>	216
<i>El monumento a José Batlle y Ordóñez en Montevideo: la no-arquitectura</i>	219
<i>Más fracasos y contratiempos</i>	223
<i>Quousque Tandem...! Ensayo de interpretación estética del alma vasca</i>	225
<i>La etnia estética: nacionalismo cultural y totalitarismo estético</i>	233
<i>Ley de los cambios: fin y finalidad del arte</i>	238
<i>La fatiga del arte o el hombre integral</i>	243
<i>Oteiza, cineasta: Acteón, una fábula autobiográfica fallida</i>	248
<i>Ama Lur y otras realizaciones</i>	258
<i>La vanguardia ideológica: los grupos de la Escuela Vasca</i>	261
<i>¿Hubo una Escuela Vasca de escultura?: la Generación del 66</i>	271
6. El educador político (1966-1976)	277
<i>Los aprendices de terrorista</i>	285
<i>Las muertes de Antonio Pardines, Txabi Etxebarrieta y Melitón Manzanas</i>	290

	<u>Pág.</u>
<i>El país de Nunca Jamás</i>	296
<i>Los lenguajes de la incomunicación</i>	301
<i>Violencia en los Encuentros: Pamplona, 1972</i>	305
<i>La casa de Alzuza y el Laboratorio de Tizas</i>	309
<i>Pasacalles veneciano del compromiso político</i>	312
<i>Veledades marxistas</i>	315
7. ¿Quién es Oteiza? Nuevas interpretaciones (1976-2003).....	319
<i>Viejos fracasos y nuevos desafíos</i>	331
<i>Contra todos y todo, y sobre todo contra Chillida</i>	335
<i>Trenzado de historias paralelas: Guggenheim y Fundación Oteiza</i>	343
<i>Una falsificación poco original</i>	348
<i>Del fracaso como una de las bellas artes</i>	351
Bibliografía	357
Índice de ilustraciones.....	399
Índice de nombres.....	401

Prólogo

Oteiza, para entendernos

Jorge Oteiza fue un artista de vanguardia, para muchos uno de los escultores fundamentales del siglo xx. Su larga vida le permitió abordar una cantidad y variedad inusitada de proyectos y atravesar las más diversas situaciones. La profesión de escultor fue sólo un elemento de su compleja personalidad. También dedicó muchas energías a la teoría y la educación estética, la arquitectura, el cine y la literatura. Pero su pasión política fue tan intensa como la estética: dedicó a toda clase de intrigas —*conspiraciones*, le gustaba llamarlas— tanto o más tiempo y esfuerzo que al arte, y en general con ruinosos resultados. Los artistas políticamente comprometidos son algo corriente en la modernidad, pero el de Oteiza es un caso, más raro, de artista-político cuyo mayor éxito consistió en la acumulación de fracasos políticos y de aciertos artísticos.

Sin embargo, no tuvo una ideología definida. Practicó una militancia nacionalista por libre, más o menos dopada de veleidades izquierdistas en algunos períodos de su vida, y en otros de un *españolismo* sorprendente a la luz de su evolución posterior. En su conducta tuvo más peso la voluntad mesiánica de liderar una gran conmoción histórica —el vanguardismo— que algún proyecto político claro. La democracia no le interesó absolutamente nada, si es que la comprendió alguna vez. Aunque abundó en actitudes ambiguas y oportunistas, como la de beneficiarse de la dictadura mientras se decía perseguido y represaliado, predicó un compromiso político al modo utópico e iluminado de los puristas enemigos de toda tolerancia y acuerdo con los diferentes a uno mismo. Aunque él mismo no fuera tan intransigente —tuvo amigos de muchas coloraciones políticas, incluso franquistas—, esa propensión totalitaria le llevó a colabo-

rar con ETA, de la que más tarde se distanció sin llegar a romper del todo. Apoyaba el uso de la violencia como instrumento político, pero siempre que se arriesgaran otros y no él. Una cobardía que también influyó mucho en su retirada del arte (relativa) en su mejor momento profesional: podía haber iniciado una carrera internacional exitosa y, en cambio, optó por refugiarse en un pequeño círculo localista, sin auténticos rivales, para desempeñar su misión profética.

Ahora su nacionalismo a ultranza resulta antipático y contradictorio con su indudable universalismo artístico, de modo que se prefiere cultivar una estilizada caricatura de su persona y vida casi exclusivamente centrada en aquellos aspectos más admirables y actuales, dejando de lado, cuando no ocultándolos, aquellos más problemáticos o sencillamente deplorables. A mi juicio, es un modo de falsificar el personaje, sus objetivos y su época, aunque sea usual en el culto al arte que sustituye a la religión tradicional. Convertir a Oteiza en un espléndido artista muy espiritual de opiniones políticas y filosóficas un tanto excéntricas se parece demasiado a presentar a Heidegger como un gran filósofo algo despistado con el nazismo.

De lo que se trata, pues, es de entender mejor a Oteiza y su época, y en particular las tortuosas relaciones seculares entre «vanguardias estéticas» y «vanguardias políticas», asunto para el que su trayectoria resulta una aportación tan notable como la de su escultura al arte actual. Si ciertas vidas humanas resultan fascinantes, no es solamente por su talento para el arte, la ciencia, las finanzas, la política o el deporte y demás atracciones, sino porque pensamos que han encarnado ejemplarmente la abrumadora complejidad de las motivaciones, cualidades y circunstancias que zarandean la existencia. Pienso que tal es el objetivo de una biografía: mejorar nuestra comprensión del complicado entretejido de una vida de por sí única e irreductible; lo demás es hagiografía o inquisición. Para conseguirlo, una biografía requiere una doble investigación, ética e histórica.

Pertenezco a la última generación que pudo vivir la seducción de la estética oteiziana y tener alguna relación personal con su autor antes de su largo declive. Uno de los primeros libros teóricos que compré, con dieciséis años, fue *Quosque Tandem*. En pleno auge del nacionalismo vasco en las postrimerías de la dictadura, el legendario libro parecía capaz de responder preguntas muy acuciantes entonces. Pude conocer al gurú en persona en 1977, con el pretexto de presentarle un trabajo académico de primero de Historia, realizado con dos amigos del curso, Aitor Arrizabalaga y Fran Lasuen. Nos convocó en

su pequeño apartamento de Zarauz y nos dedicó algunas horas inolvidables, despotricando contra el *establishment* y animándonos a volcarnos en la recuperación cultural vasca y la investigación del arte contemporáneo. Hacía ese mismo discurso magistral a los muchos jóvenes esperanzados que recibía a todas horas, para exasperación de su mujer, Itziar Carreño. Cuando llamé a la puerta de su casa, abrió ella y me espetó sin más: «¿¡Y tú a qué vienes, a la revolución cultural o a la otra!?».

En los años siguientes tuve otros contactos con él a través del escultor Ricardo Ugarte, y ocasión de disfrutar de su torrencial y apasionado discurso, entre irónico e iracundo, sobre las más variadas cuestiones. Tan generoso y seductor como atrabiliario y tiránico, era una de esas personas que fascinaban o repelían a primera vista, particularmente atractiva para jóvenes dispuestos a grandes cosas, sin ideas demasiado precisas y tendentes a lo sublime (un poco lelos, vaya). Me costó tiempo captar la naturaleza escindida y contradictoria de una personalidad que albergaba pasiones destructivas no menores que su capacidad de crear. Entre tanto, me pareció que merecía la pena el esfuerzo de sistematizar algo sus ideas estéticas y situarlas en su contexto cultural, esfuerzo que produjo mi primer librito, *Oteiza, un pensamiento sin domesticar*, publicado en 1989.

El artista lo recibió con entusiasmo y ofrecimientos de ayuda ilimitada que, como todos los suyos, acabaron en casi nada y en muchos problemas. No obstante, era un personaje tan fascinante, y parecía que iluminaba de un modo tan peculiar y convincente la sustancia del vanguardismo artístico, que también le dediqué la tesis de doctorado en filosofía por la Universidad del País Vasco, dirigida por el antropólogo Mikel Azurmendi (me valió el título de doctor en 1992). Hice la tesis sin consultar nada con el sujeto de la misma, sospechando la escasa utilidad de pedir colaboración en una investigación objetiva sobre su trayectoria y obra a quien era el principal urdidor de su propia leyenda, pero cuando la finalicé visitamos al artista en su gran casa-estudio de Alzuza. Como casi todas, la entrevista fue cordial, divertida, histriónica y exclusivamente egocéntrica. Hubo todavía algún encuentro adicional, pero nunca formé parte del círculo de los habituales del artista, cada vez más aislado en sus obsesiones y más rodeado por personajes que se disputaban su herencia.

Con el tiempo he reunido un buen montón de páginas sobre Oteiza y su obra. Hace unos años retomé el asunto desde una perspectiva bastante diferente: la de un profesor de estética de la Universidad del País

Vasco cada vez más implicado en empresas políticas, desde la fundación del Foro Ermua y de Iniciativa Ciudadana ¡Basta Ya!, hasta la del partido UPyD con Rosa Díez, Fernando Savater, Juan Luis Fabo y unos pocos amigos. Aunque mis posiciones políticas actuales son casi antitéticas a las que tuvo Oteiza, y aunque pronto descreí de las promesas emancipadoras del vanguardismo estético que él quiso acaudillar, nada más natural que un profesor de estética temporalmente dedicado a la política vuelva a interesarse por quien se consideró un político-esteta de nuevo tipo temporalmente dedicado al arte.

El mundo actual no es el anunciado o denunciado por dadaístas, futuristas, constructivistas y demás ismos del canon histórico. Ni hemos asistido al fin del arte y de la cultura, ni sobre sus ruinas se ha edificado el nuevo mundo del «hombre nuevo». A la luz de los ensayos esbozados para consumir esa profecía, por ejemplo en los regímenes totalitarios vistos con tanta simpatía por las vanguardias, ese fracaso —al que pertenece el de Oteiza— es todo un alivio que ha resultado muy fértil en aspectos imprevistos. Las neovanguardias y tendencias que han sucedido a los *ismos* históricos enriquecen el paisaje cultural pero, salvo para los incautos y despistados, no son una alternativa política a nada. La mayor contribución del vanguardismo, impagable, ha sido la vastísima ampliación del campo de la libertad de crear, pensar e imaginar.

De las alternativas radicales que Oteiza defendió y promovió toda su vida sólo siguen vivas, desgraciadamente, las peores de todas: ETA y el nacionalismo iluminado. Del resto, poca cosa fuera del arte. La casa de Alzuza es ahora una reliquia integrada en una espléndida Fundación-Museo del Gobierno de Navarra que protege su obra, enaltece su memoria —pulida de aristas peligrosas— y atrae turistas. Claro que, en vida, Oteiza despreció esa clase de triunfo, salvo en sus últimos y desarbolados años. Fue un haz electrizante de paradojas y contradicciones al servicio de la creación; su lucha incesante contra sí mismo hace su vida instructiva no sólo para comprender el arte y su mundo, sino toda la naturaleza humana.